

Entre amor y odio. Europa y las emociones que necesita

BIRGIT ASCHMANN

Professor, Chair for the 19th Century European History

Universiteit von Humboldt - Berlin

1. Hacia el infierno y de vuelta: la historia ante la integración europea
2. La cronología de la integración europea
3. La “gramática interna” del desarrollo
4. Los motivos pro y en contra – Emociones e intereses

La historia de la integración europea se ha narrado y escrito ya muchas veces. Por tanto, hoy me acercaré a esta historia a través de un enfoque especial: la historia de las emociones. Normalmente la historia de la integración europea se suele contar de una forma muy técnica, sin fijarse en las emociones. A mi entender, esto es un error, porque la perspectiva desde la historia de las emociones ayuda a entender por qué se han esforzado tantas personas tanto para convertir este proyecto en un éxito.

En la actualidad tenemos muchísimas muestras de que las emociones juegan un papel decisivo. Para empezar con las emociones positivas: en los últimos meses muchos pro-europeos han salido a las calles para mostrar su entusiasmo por y para Europa. La iniciativa “Pulse of Europe” se ha convertido en un movimiento conmovedor en muchas ciudades europeas, donde gente de toda clase y edad muestra su adhesión a Europa. Es una fiesta para Europa, y de vez en cuando casi una declaración de amor.

De hecho, esta manifestación de amor es una contra-manifestación. Contra la retórica del odio, usada por los que luchaban a favor del Brexit. Todas estas muestras son una respuesta a todo el odio con el que fue atacado el proyecto europeo en los meses anteriores. Representativo para esta actitud hostil fue la declaración de la ministra británica para Energía, Andrea Leadsom, de junio de 2016: “Mi familia ha vivido diez años en Portugal. Me gustan los alemanes, me encanta la comida sueca, hablo francés. Quiero Europa. Pero odio la Unión Europea y la forma cómo está destruyendo el continente”.¹

¿La Unión Europea está destruyendo Europa? Suena absurdo. ¿Cómo ha sido posible el desarrollo de tal pensamiento y esta variedad de sentimientos, de amor a odio? Quizás esta incoherencia se puede entender solamente si uno mira hacia la historia de Europa.

¹ The Guardian 14.6.2016.

1. HACIA EL INFIERNO Y DE VUELTA: LA HISTORIA ANTE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

Desde hace dos meses esta historia de Europa tiene una propia casa: el 6 de mayo de 2017 fue –después de diez años de lucha y construcción– inaugurada la “Casa de la Historia Europea”, cerca de la sala de plenos del Parlamento Europeo en Bruselas. En el año 2007 fue el presidente de este parlamento, el alemán Hans-Gerd Pöttering, quien sugirió un museo que debería funcionar –como dijo Pöttering en el acto de inauguración– como fuente de un sentimiento de unidad, de cohesión solidaria.² Que justamente esto no es nada fácil, ya lo mostró la discordia durante el proceso de planificar y realizar el museo. Ya la cuestión, dónde y cuándo empezó la historia de Europa, no pudo ser resuelta pacíficamente. Finalmente los organizadores decidieron mostrar la historia sólo de los dos últimos siglos. La casa, así escribió un periódico alemán, quiere subrayar lo que a los europeos llena de orgullo y vergüenza.³ Ambos sentimientos tienen que ver con los siglos XIX y XX.

Un museo de la historia europea no puede prescindir del siglo XIX. Es el siglo europeo por excelencia. En ningún otro siglo, los europeos han sido tan capaces de dominar todo el mundo como en esta época. La historia global de estos años es por eso sobre todo una historia europea. El siglo XX, mejor dicho: la segunda mitad del siglo XX, es el siglo de la integración europea. Jamás había habido un intento parecido de integrar las naciones europeas en la base de cooperación e igualdad de derechos. Sin embargo, en el medio de estas épocas destacables se encuentran los años ominosos y oscuros de Europa. El historiador británico, Ian Kershaw, ha escrito recientemente un libro fenomenal sobre la historia de Europa de 1914 a 1949 que tiene el título “to hell and back” –hacia el infierno y de vuelta. Cuenta como “Europa en la primera mitad del siglo cayó en un abismo de crueldad y caos, y como de pronto llegó a preparar la base para resurgir asombrosamente como una nueva Europa desde las cenizas de la antigua.”⁴

Es importante: La nueva Europa se explica solamente con el trasfondo del fracaso total de una Europa antigua, separada en naciones que se odiaban mutuamente y que después de una escalada de odio terminaron en la destrucción radical del continente en las guerras mundiales. Es decir: destrucción y cooperación, odio y amor –o por lo menos solidaridad– estas emociones y prácticas están dialécticamente entrelazadas.

Ya poco después de la Primera Guerra Mundial se podía escuchar por vez primera la sugerencia de construir una Europa unida. Las advertencias del conde austriaco Richard Coudenhove-Kalergi, de unir Europa en una confederación de Estados (Staatenbund) parecen hoy en día como los malos presagios de Casandra. En su manifiesto de Europa

² Bonner General-Anzeiger, 6.5.2017.

³ <http://www.noz.de/artikel/891472>.

⁴ Ian Kershaw: To Hell and Back. Europe, 1914-1949, 2016, p. 7.

de 1924 advirtió: “Las armas están forjadas diariamente en fábricas europeas, para matar a hombres europeos, en laboratorios europeos se están preparando venenos diariamente para aniquilar a mujeres e hijos europeos. Europa está jugando de forma irresponsable con su propio destino y no quiere entender lo que va a llegar. Sin ninguna resistencia se deja empujar hacia una catástrofe inimaginable. La única salvación posible sería “Paneuropa” -una unión de todos los países democráticos de Europa continental.”⁵

Así fue: llegó la catástrofe con sus 55 millones de muertos, entre ellos 6 millones de judíos. Este pasado horroroso fue el fundamento de la historia de la integración europea. En la casa de la historia europea en Bruselas cuelgan algunas cintas metálicas del techo con palabras. Entre otras un dicho del filósofo español Santayana: Quien no conoce el pasado está condenado a repetirlo. El museo mismo respeta esta convicción y quiere recordar a los europeos su pasado oscuro, antes de presentar en su plenitud la historia de la integración europea. Es cierto: es importante, recordar este nexo, ya que la memoria de lo que puede causar el odio y por qué es importante trabajar para la paz está disminuyendo cada vez más en la historia de los casi 70 años de la integración europea.

2. LA CRONOLOGÍA DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

Al principio de la historia de esta integración se encuentra justamente un político británico. Cuando Winston Churchill viajó a Zúrich en el otoño de 1946, sorprendió a todos los jóvenes académicos que en aquel 19 de septiembre de 1946 habían acudido para escucharle. Aconsejó fundar los “Estados Unidos de Europa”.⁶ Era tiempo, dijo, de desarrollar un patriotismo más amplio, mejor dicho “el sentimiento de una identidad estatal común.” Alentó a los europeos, que todavía vivían en medio de los escombros de la guerra con el grito: “Let Europe arise!” Quedaban todavía más perplejos, cuando Churchill siguió explicando que deberían ser Alemania y Francia juntos los que deberían empujar el proceso de unificación. “No habrá una resurrección de Europa sin una Francia espiritualmente grande y sin una Alemania espiritualmente grande”.⁷ Un testigo recordó años más tarde: “¿Los archienemigos Francia y Alemania deberían formar juntos y reconciliados la base de una unión europea? ¿Había escuchado correctamente? ¿Nada de venganza?”⁸. Durante el siglo XIX y XX los alemanes y franceses habían luchado feroz y reiteradamente contra ellos mismos. Después de la conquista de territorios alemanes

⁵ El Manifiesto Europeo de 1.5.1924; en: Gerhard Brunn: Die europäische Einigung, Stuttgart 2002, p. 309-312, p. 309.

⁶ Winston Churchill: “Rede an die akademische Jugend” vom 19.9.1946 en Zúrich; in: Brunn, Einigung, p. 315ff.

⁷ Winston Churchill en su ponencia a la juventud académica en el 19 de septiembre 1946 en Zúrich; en: Brunn, Einigung, S. 315ff.

⁸ Neue Züricher Zeitung, 18.9.1996.

por las tropas de Napoleón, Ernst Moritz Arndt había incitado y exigido un odio permanente. Quiso que los alemanes guardaran el odio como la “religión del pueblo alemán” en sus corazones.⁹ Solo así –aseguraba Arndt– las fronteras entre Alemania y Francia quedarían seguras. No había sido así: En el año 1870/71 había otra guerra, y después de la anexión de Alsacia-Lorena quedó en la memoria colectiva de los franceses un odio, fácilmente inflamable en la Primera y cimentada en la Segunda Guerra Mundial. ¿Y este odio se debía olvidar?

De hecho, Churchill exigió un “acto beneficioso de olvido”. Es evidente la importancia del olvido como sentimiento de unidad para un grupo. En su definición de “lo que es una nación” Ernest Renan puso ya de relieve al final del siglo XIX que una nación necesita una memoria común y necesita al mismo tiempo olvidar los recuerdos negativos, los que podrían separar a los miembros.¹⁰ Es lo mismo con Europa. Considerando todos los recuerdos negativos que podrían conservar los franceses, asombra el hecho de que en 1947 ya el 61 por ciento abogaban por la unificación de Europa (y solamente un 10 por ciento estaban en contra). Pero quizás fueron justamente los recuerdos de la guerra los que impulsaron a los franceses a decir que sí. Ciertamente es que más tarde este entusiasmo se enfrió.

La cooperación institucional de Europa empezó –algo que vale la pena recordar considerando la actitud actual del presidente americano hacia Europa– con una iniciativa estadounidense. El Plan Marshall (Marschallplan) de 1947 fue destinado a reanimar las economías europeas para dar a Europa la fuerza suficiente de resistir al comunismo y a comprar los productos americanos. Para coordinar la ayuda americana, 16 países europeos fundaron la Organización Europea para la Cooperación Económica. Sin embargo, esta organización no funcionó como precursor de una unión política. Con tal esperanza se fundó el Consejo de Europa en 1949. Pero otra vez dejó decepcionados a los que habían soñado con una cooperación más política. Los que frenaron todo intento en avanzar en tal dirección, fueron los británicos. Finalmente había que aceptar que con los británicos no había una perspectiva, lo que desilusionó tanto más que casi todos los conceptos para una nueva Europa habían contado con Gran Bretaña como líder. Este hueco lo querían llenar los franceses. Ofrecían un concepto sin Inglaterra. Fue el Plan Schuman del ministro de Asuntos Exteriores Robert Schuman, que finalmente marcó el punto de partida fundamental. Propuso en 1950 unir la parte de las industrias de Alemania y Francia que era necesaria para la producción de armas. Un año más tarde, en 1951, los estadistas de Bélgica, de los Países Bajos, de Luxemburgo, de Italia, Francia y Alemania firmaron el Tratado de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Fueron

⁹ Ernst Moritz Arndt: *Über Volkshass und über den Gebrauch einer fremden Sprache* (1813); en: Michael Jeismann/Henning Ritter (Hg.): *Grenzfälle. Über neuen und alten Nationalismus*, Leipzig 1993, p. 328-330.

¹⁰ Ernest Renan: *Was ist eine Nation?* Rede am 11. März 1882 an der Sorbonne. Mit einem Essay von Walter Euchner, Hamburg 1996.

justamente estos seis miembros, que poco después quedaron en integrar más sectores de sus economías en una unión aduanera. Esta era la parte principal de los tratados de Roma, firmado hace 60 años, el 25 de marzo de 1957. A la así bautizada Comunidad Económica Europea (CEE) se dirigieron expectativas diferentes. Mientras los unos se contentaban en mirarla como un instrumento puramente económico, esperaban otros que se iba a convertir en núcleo de una cooperación mucho más política.

En cuanto a los resultados económicos, esta historia de integración europea fue un éxito sin parangón. La CEE llegó finalmente a superar a los Estados Unidos como potencia comercial. Era una fase de desarrollo y crecimiento económico que no parecía tener límites hasta que en los años 70 el proceso llegó de pronto a su fin. Ahora sí se habló de los “límites del crecimiento”¹¹, expresión que sirvió de título para un famoso libro del Club de Roma.

Ya antes, los tiempos no habían sido fáciles. Francia, que en la etapa fundadora había guiado al grupo hacia una cooperación supranacional, de pronto había cambiado su estrategia. Con Charles de Gaulle como presidente, la marcha hacia una unidad federal quedó frenada a partir de 1958. Él hizo estancar las negociaciones con Gran Bretaña y al mismo tiempo impidió una profundización europea para los estados ya adheridos a la CEE. Esta inmovilidad duró hasta que de Gaulle fue suplantado en la presidencia francesa en 1969. Después de siete años bloqueados, los políticos europeos desarrollaron de pronto una energía ya casi olvidada. Abocó en la cumbre de La Haya de diciembre de 1969, que acordó la ampliación y la profundización europea. Sin embargo: otra vez se pensó más en un acuerdo económico que político: se proyectó una unión económica y monetaria. Este fin común cubrió apenas la discordia entre Alemania y Francia: Mientras que los franceses aspiraban ampliar el mercado agrícola, los alemanes abogaban por una integración de Gran Bretaña, de la que esperaban muchos impulsos reformadores. Las negociaciones con ésta, pero también con Dinamarca, Irlanda y Noruega de pronto avanzaron rápidamente. Con fines bien distintos: Los irlandeses se mostraron como buenos europeos con un 84 % votos a favor del ingreso en el mercado común. Pero el pueblo noruego se negó a aceptar el acceso: un 54 % de los noruegos votaron en contra y mostraron a los estupefactos europeos que la ampliación no era deseada por todo el mundo.

Noruega quedó afuera, pero a partir de 1973 Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda pertenecían a la CEE. Las emociones de los británicos hacia la Comunidad Europea quedaban reservadas. No estaban dispuestos a acompañar a los demás hacia una unión monetaria —y esto ya desde el principio—. Cuando los demás miembros celebraron un espíritu emprendedor comparable al de los primeros años, Gran Bretaña quedaba fría—

¹¹ Donella Meadows, Dennis Meadows, Jørgen Randers & William W. Behrens III: *The Limits to Growth*. Universe Books, New York 1972.

observando sin gran entusiasmo la integración de Grecia en 1981 además de Portugal y España en 1986. Con 320 millones de habitantes existía ahora el mercado más grande de occidente.

En el mismo año de 1986 los políticos firmaron un acuerdo –el Acta Única Europea (die Einheitliche Europäische Akte)– que allanó el camino hacia una paulatina realización del Mercado Común hasta 1992. Fue el camino hacia la Unión Europea. No solamente querían simplificar la vida de cada día de los europeos (con reducir por ejemplo la cantidad de entonces 25 enchufes producidos por la misma empresa para los distintos países europeos). Además trabajaban para el desarrollo de una identidad común: Designaron una bandera azul con un círculo de estrellas como símbolo oficial y escogieron el Himno de la Alegría de Beethoven como himno europeo. Finalmente idearon encuentros para jóvenes, por ejemplo fue el nacimiento del programa de intercambio académico Erasmus. Todo esto terminó en 1992 en el tratado de Maastricht, que estipuló introducir una moneda común en 1999, elaborar una política común exterior y de seguridad y cooperación en el campo de justicia e interior, incluyendo la promesa de una libre circulación dentro del espacio europeo. Desde entonces este conjunto de estados se llama “Unión Europea”.

Hay que confesar, que los acuerdos para la libre circulación sin control de fronteras fue tomado fuera de las estructuras ya establecidas: Fue un convenio separado de los países fundadores (sin contar Italia) que se adelantaban –y al final tenían razón: los demás países les siguieron y el Tratado de Amsterdam fijó las reglas para todos los miembros.

Pues, en estos años, los procesos de integración europea quedaban paralizados por los acontecimientos imprevistos en el Este. La caída del muro de Berlín y el final del imperio soviético cambió todo. Desde el Plan Marshall Europa estaba dividida en una parte oriental y otra occidental. Para la cohesión de la parte occidental siempre ha sido un motivo importante el miedo a la amenaza del este y la defensa contra el bloque oriental. Ahora era inevitable incluir la antigua RDA, que de pronto formaba parte de la República federal. Además había que tratar con la exigencia de los demás países europeos del Este que reclamaban el acceso como si fuera algo obligatorio. Puesto que los países del Sur habían sido admitidos con el argumento de facilitarles la implementación de un sistema político democrático, ahora era difícil denegar este mismo deseo a los estados del antiguo bloque oriental.

Por consecuencia, la Unión Europea decidió en 1993 afrontar la ampliación de los países del Este (Osterweiterung) para asegurar así una “estabilidad institucional como garantía para un sistema constitucional y democrático, que respeta los derechos humanos y asegura los derechos de grupos minoritarios.

Pero antes de que se realizase la ampliación del Este, se realizó la del Norte: En 1995 se unieron Finlandia, Suecia y Austria a la Unión Europea –mientras que los noruegos

por segunda vez habían renunciado a una adhesión. Finalmente en los años 2004, 2007 y 2013 un gran grupo de estados del Este fue admitido en la Unión Europea: desde Polonia hasta Croacia.

3. LA “GRAMÁTICA INTERNA” DEL DESARROLLO

Con la expansión de 6 a 28 miembros, la Comunidad ha cambiado bastante. No obstante, en la historia de este proceso es posible destacar algunos hilos rojos, algunas continuidades que funcionan como una forma de gramática de este desarrollo.

Un elemento constante es el vaivén de las cosas, el ritmo de impulso y relajamiento, entre crisis y éxito, entre progreso y retroceso. Eso es importante, si uno quiere juzgar la crisis actual: hay que contextualizarla y hay que saber: la crisis no es un fenómeno nuevo en la historia de la integración europea, sino una parte íntegra, innata. Reiteradamente siguió después de la esperanza la desilusión. Si uno reconstruye la historia de la integración partiendo de la actualidad, uno parece descubrir un hilo rojo con un desarrollo casi automático. Esta impresión esfuma si uno parte desde el pasado y realiza todas las posibilidades que había una vez. Encontraría muchísimas iniciativas que fracasarían en callejones sin salida. Por eso, la historia de la UE es una historia política porque se compone de compromisos, arreglos, acuerdos cuyo éxito dependía de varios factores estructurales y casuales.

Esta red de factores es otro elemento central de continuidad, que siempre habrá que tener en cuenta, quien quiera explicar el éxito o el fracaso de iniciativas de integración.

Esta red está compuesta de (primero) elementos globales, (segundo) aspectos nacionales y (tercero) fenómenos contingentes.

A los factores globales pertenece la economía global. Las crisis mundiales siempre tenían repercusiones en la economía europea. La política de las grandes potencias y el desarrollo de la política global también afecta directamente a la política europea: El Plan Marshall, la crisis de Suez, el derrumbamiento del comunismo –todo tenía sus efectos en las decisiones y en la libertad de actuar de los políticos europeos.

Los aspectos nacionales abarcan experiencias colectivas, que se transforman en memorias históricas. Estas influyen –junto con los intereses materiales– las expectativas en cuanto a la estimación internacional, es decir al estatus de un país, concedido por los demás. A los aspectos nacionales hay que añadir los conflictos internos de cada país. Un político que necesita los votos de los electores, frecuentemente sigue una política europea más conforme con intereses nacionales que europeos.

A los factores contingentes pertenecen acontecimientos impredecibles, como por ejemplo la caída del muro de Berlín, y los personajes europeos. Hay que subrayar lo

importante que eran los individuos concretos en el proceso de integración europea. Con la nacionalidad no tenían que ver (o por lo menos no siempre): Era un francés quien inició la política de supranacionalidad (Robert Schuman), pero era también un francés (Charles de Gaulle) quien frenó justo esta política. Fue un británico (Winston Churchill) que impulsó la fundación de unos Estados Unidos de Europa, y fue una británica (Margaret Thatcher) quien originó una de las crisis más graves de la historia europea. Lo problemático de su comportamiento era, que no solamente se peleó con los estadistas europeos, sino que al mismo tiempo logró convertir el partido conservador anteriormente pro-europeo en un partido decididamente antieuropeo. El que queda absolutamente desconcertado frente al Brexit, debería considerar la larga historia de la actitud británica hacia la integración europea. Quizás las emociones ayudan a entender esta postura; y las emociones tienen una fuerza especial.

4. LOS MOTIVOS PRO Y EN CONTRA – EMOCIONES E INTERESES

Uno de los motivos de la integración europea fue tanto evidente como internacional. Resultó forzosamente del pasado: era el deseo de asegurar la paz y mantenerla. Los primeros textos son testigos de este deseo. Así afirmó también el preámbulo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero que era necesario implementar paz y comunidad, donde dominaban antes “conflictos sangrientos”. Por eso era obligatorio suplantar las rivalidades antiguas con la integración europea a través de la coordinación de intereses. Pero ¿cuáles eran los intereses y en qué relación estaban con el deseo de colaboración pacífica? Muchas veces se olvida que los intereses no se reducen solamente al intento de sacar el mayor provecho económico, sino que están envueltos en un complejo entorno de emociones. Entre ellas: la esperanza (de vivir mejor), la preocupación (de que llegue un nuevo conflicto), el miedo (a perder estatus), la desconfianza frente a otras naciones etc. Qué emociones predominan tiene que ver con muchos aspectos, entre otros la experiencia histórica, por lo cual cada país tiene su propio camino nacional de actitudes y emociones frente a Europa. Y las consecuencias de estos caminos nacionales y estas emociones nacionales son notables hasta hoy en día.

Con respecto a los franceses, hay que contar con el miedo y la desconfianza frente a los alemanes. Durante los dos pasados siglos franceses y alemanes no habían solamente luchado contra ellos mismos, sino también intelectuales habían predicado el odio. Ya a principios del siglo XIX, uno de ellos, Ernst Moritz Arndt, se esforzó por implementar el odio permanente en los corazones de los alemanes, el odio como “religión del pueblo alemán”, que debería fortalecer las fronteras más que barricadas. No sirvió para hacer las fronteras insuperables. Cuando después de la guerra de 1870 los alemanes anexaron

Alsacia-Lorena quedó en la memoria de los franceses un odio, fácilmente inflamable nuevamente en la Primera Guerra Mundial y fijado finalmente con las experiencias de la Segunda.

Con el proceso de integración después de la guerra se superó el odio, pero quedó una desconfianza muy perceptible. Por eso no sorprende que lo que querrían los franceses de una integración europea, era el control sobre Alemania. Además deseaban superar un sentimiento de inferioridad, como admitía Jean Monnet. Europa les ofreció ahora una posibilidad de sentirse líderes en el continente. Lo que explica al mismo tiempo por qué se empeñaban tanto por extrometer a los británicos, que a su vez reclamaban la predominancia en Europa. Era aquel anhelo de sentirse grandes de la antigua “Grande nación” que guiaba muchos pasos en el proceso de integración —un anhelo que es nuevamente palpable si se habla de Macron como el nuevo Napoleón.

Esta preocupación francesa ante las posibles tendencias expansivas de Alemania explica también la gran reserva con la que Mitterrand reaccionó ante la caída del muro de Berlín, mientras que Felipe González apoyó rotundamente al canciller alemán en estos momentos. Representaba un país que mantenía durante siglos relaciones amistosas con Alemania y que había aprovechado mucho del apoyo alemán que facilitó a los españoles su acceso a Europa.

Sin embargo, los ingleses se preguntaron siempre qué les podría costar su participación en la comunidad y si las ganancias económicas compensaban los riesgos. Temían perder su independencia. Ya en 1962 preguntó un miembro del Partido Laborista: “¿Estamos obligados a participar?” y él mismo: “No, no, no (...) Si Inglaterra se convierte en miembro, esto significa el fin de nuestra existencia independiente, sería el fin de una historia de mil años.”¹²

Desde que Margaret Thatcher (con su forma tan agresiva de luchar por algunas ventajas) convirtió a los conservadores británicos en un partido antieuropeo, faltaban emociones pro-europeos capaces de unir Gran Bretaña con el continente. Considerando esta historia, ya no sorprende tanto la agresividad de la campaña Brexit. Floreció sobre una actitud euroescéptica bien cimentada en las décadas anteriores.

La actitud emocional de los alemanes frente a Europa es completamente diferente. Después de que las ambiciones de convertirse en potencia global se esfumaran con el humo y las cenizas de las Guerras Mundiales, los políticos alemanes saben que la cooperación europea es algo imprescindible, no hay otra solución. Además era cierto que cada forma de renacimiento nacional alemán en la época de posguerra sería posible solo en un conjunto europeo. Solo así los vecinos europeos estarían dispuestos a aceptar una Alemania nueva. Sabiendo eso, Adenauer —el primer canciller de la República federal— se

¹² Der Spiegel 1962, Nr. 43, S. 85f.

empeñó tanto en realizar la reconciliación franco-alemana y la integración europea. Lo mismo ocurrió después de la caída del muro de Berlín: Helmut Kohl luchaba para una ampliación pero también para una profundización europea como quizás ningún otro estadista europeo. La renuncia al marco alemán (D-Mark) iba a facilitar la acogida de una Alemania reunificada en una Europa común. Los intereses alemanes tienen por eso mucho que ver con el proceso europeo. Los alemanes que habían fundado su identidad nacional durante muchas décadas en un “patriotismo constitucional” es decir, en un texto jurídico, quizás por eso no tienen tantos problemas con el burocratismo europeo. En la casa de la historia europea hay un documento de 6 metros –son las 88.000 páginas de las leyes europeas. Es un monumento al burocratismo aburrido europeo. Sus logros son indiscutibles, pero su potencial de excitar entusiasmo es muy limitado. Por eso, Europa necesita amistades: entre los jóvenes en la sociedad civil y entre estadistas. La amistad entre Kohl y Mitterrand era importantísima, aquella entre Felipe González y Kohl no menos. Son emociones que ayudan a superar los recelos nacionales y el egoísmo de los partidos. Son menos calientes que el amor y el odio –y justamente esto es su ventaja: son mucho más duraderas y la condición previa de que crezca la confianza; probablemente la emoción más importante que necesita Europa.

Quizás queda una última cosa: Probablemente Europa necesita más símbolos y rituales para crear una identidad común. Rituales como este reciente entierro que equivale a una conmemoración europea. Cuando el 1 de julio de 2017 en Estrasburgo el excanciller alemán Helmut Kohl fue solemnemente honrado por los estadistas de todo el mundo –Europa tuvo uno de sus grandes momentos. Qué la declaración de amor más explícito la ofrendase justamente Bill Clinton como expresidente de los EEUU debería tener un momento integrativo para nuestro continente. Este continente que en estos tiempos tiene que buscar una nueva identidad frente a la política actual americana.

Con motivo de la fundación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero se declaró: “No es posible mantener la paz del mundo sin esfuerzos creativos que correspondan a la dimensión del peligro.” En los tiempos pasados la paz no parecía estar en peligro y los esfuerzos eran flojos. Quizá ha llegado el tiempo para idear nuevos esfuerzos creativos.